

Reseña

Rivera, Marilyn (2015). *Masculinidades y transgresiones en la obra de Mayra Santos Febres*.

San Juan: Isla Negra Editores, Colección Visiones y Cegueras, 219 pp.

ISBN: 978-9945-581-39-3

Julio Penenrey Navarro*

Universidad del Atlántico, Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.22.2015.11>



Recibido: 15 de marzo de 2015 * Aprobado 23 de abril de 2015



Marilyn Rivera (1973) realizó sus estudios en *Hunter College* y es Doctora en Literatura del *Graduate Center* de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Ha publicado artículos de investigación en distintas revistas de crítica literaria, entre ellas *OtroLunes: Revista Hispanoamericana de Cultura*, *LL Journal* e *Hybrido: Arte y Literatura*. En la actualidad, Rivera colabora como catedrática auxiliar en el Departamento de Lenguas Modernas en *Borough of Manhattan Community College, CUNY*. *Masculinidades y transgresiones en la obra de Santos Febres* es su primer libro, resultado del trabajo de investigación adelantado en su tesis doctoral. Publicado en marzo de 2015 en la Colección Visiones y Cegueras de Isla Negra Editores; el

volumen ha sido presentado en eventos internacionales como la Feria Internacio-

* Julio Penenrey Navarro es Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico. Miembro del Grupo de Investigación Literaria GILKARÍ. En la actualidad se desempeña como profesor de Literatura en la Universidad del Atlántico. Se desenvuelve en los estudios literarios hispanoamericanos y caribeños, los estudios queer y de género. Entre sus publicaciones se encuentra el artículo “*Carnaval de Sodoma* de Pedro Antonio Valdez: Retratos y vestiduras travestis (*Perifrasis*, 10, 2014). Correo electrónico: juliopenenrey@hotmail.com

nal del Libro de Santo Domingo 2015 y en la Gran Feria del Libro Hispana/Latina en New York del mismo año.

Rivera aborda en su estudio las distintas representaciones de las masculinidades en la obra literaria de la escritora puertorriqueña Mayra Santos Febres (1966). La investigación consiste en analizar cómo las subjetividades masculinas contestatarias o disidentes resisten al orden inquisitorial y autoritario de la masculinidad dominante. La propuesta relaciona el concepto de género con los de etnicidad, clase social, cuerpo, nación e imperialismo, lo que le otorga al trabajo rigor teórico y un acercamiento más complejo al objeto de estudio. Desde los *Men's Studies* –Estudios de las masculinidades–, la autora examina en la producción literaria de Santos Febres el proceso de desautorización a la masculinidad dominante, que en Puerto Rico encuentra sus antecedentes más cercanos en las obras de Manuel Ramos Otero, Luis Rafael Sánchez, Rosario Ferré, Ana Lydia Vega y Luis Negrón.

El libro está estructurado en tres capítulos. En el primero, “Aproximaciones teóricas a las masculinidades”, se propone un acercamiento a la “masculinidad” como categoría de género. Rivera aclara que, como efecto de la segunda ola del feminismo, surgió en la década de los ochenta los Estudios de las masculinidades con el objetivo de definir el “ser hombre” e identificar los elementos constitutivos del devenir varón. Esta necesidad encuentra sustento, luego de que los estudios feministas reivindicaran el rol de la mujer como la gran desconocida e invisibilizada por la sociedad y por sus aparatos, tal vez para aclarar que el otro gran desconocido es ese “hombre”, que en manos del feminismo de la segunda ola se reduce a la figura del patriarca. Evidentemente, las masculinidades no están reducidas a esta sola figura de poder. El término “masculinidades”, semejante al de “feminidades”, sugiere la multiplicidad de un *constructo* social y político. De los ochenta en adelante, anota la autora, el objetivo trazado por los *Men's Studies* fue asumido también por disciplinas como la psicología, la sociología, la antropología, el psicoanálisis, la biología y la filosofía. Sin embargo, aunque sus resultados han arrojado aportes significativos, la mayoría de sus conclusiones son contradictorias entre sí. Desde la perspectiva de Rivera, esa imposibilidad de encontrar normas invariables para definir “lo masculino” se debe a que esta categoría se niega a la definición pues está en constante desarrollo. Las masculinidades –el “Eterno masculino”– no poseen caracteres unívocos ni concretos; por el contrario, como todo producto sociocultural, están configuradas para cambiar y mutar de forma ilimitada.

Así, apoyada en la línea construccionista del feminismo y de los *Men's Studies*,

en su análisis Rivera toma distancia de las posturas esencialistas con las que muy seguido son revisitadas las categorías de género. Masculinidades y feminidades, explica, son nociones de orden social –Paul B. Preciado las denomina “ficciones políticas”– producto de unas relaciones de género que a la vez están inscritas en una andamiaje ideológico y cultural. En ese sentido, las masculinidades, con mayor o menor intensidad, portan la herencia del pensamiento patriarcal-heterosexual y, por ende, están construidas para actuar en oposición a las feminidades, su contrario irracional, frágil y subordinado. En un ensayo de Monique Wittig, “La categoría de sexo” (1982), recogido en el libro *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (2006), la activista francesa apunta que las mujeres son las víctimas mayores de la dominación masculina. La afirmación es acertada, porque Wittig es consciente de que no son las únicas. Para Rivera, “llegar a ser hombre”, aspirar a la masculinidad, desear la hombría y la virilidad en su conjunto, implica un acto de violencia. Es decir, la masculinidad, como categoría de género, actúa en los cuerpos y en las subjetividades de los individuos como máquina de guerra diseñada para imponer y conquistar, no para conciliar. En otras palabras, varias líneas del feminismo describen a los hombres como los amos del sistema; sin embargo, según los estudios de las masculinidades, ellos serían las víctimas menores del mismo régimen que reproducen. Apoyada en las investigaciones de Raewyn Connell, Michael Kimmel, Rafael L. Ramírez, Víctor García Toro, Félix Jiménez, entre otros, la autora finaliza la primera parte del capítulo con la consideración de que los tipos de masculinidades surgen de acuerdo al grado de proximidad de los hombres con relación a la visión que se tenga de “lo masculino” en una determinada cultura.

En la segunda parte del capítulo, Rivera analiza las implicaciones sociales, políticas y de género presentes en el hecho de “ser hombre en Puerto Rico”. La aproximación teórica que realiza en este apartado es pertinente para el trabajo de investigación, si se considera a la literatura como un sistema de representación de la sociedad y del hombre. Desde esta lógica, estudiar las representaciones de las masculinidades puertorriqueñas en la obra literaria de Santos Febres le exige a la investigadora conocer las características del referente real que el texto cita, es decir, aquellos hombres de carne y hueso determinados por las condiciones históricas y políticas de la isla. Para ello, la autora se apoya en los planteamientos de Félix Jiménez (*Las prácticas de la carne: Construcción y re-presentación de las masculinidades puertorriqueñas*, 2004) para reflexionar sobre la nueva concepción de la masculinidad en Puerto Rico, luego de la ocupación estadounidense en 1898. Rivera se muestra de acuerdo con Jiménez (2004) en que la colonización de la isla por parte de los Estados Unidos trajo consigo no solo un proyecto po-

lítico y económico, sino que también impulsó otro relacionado con el cuerpo. El colonialismo, además de ser un sistema de explotación político-económico, es un régimen ideológico que se posiciona en los cuerpos y en las subjetividades. Así, a esta estructura social le interesa subordinar al cuerpo negro, por considerarlo miserable y decadente, para imponer otro, blanco, militar y viril. Esa llamada “militarización higiénica extranjera” en la isla legitima al cuerpo higienizado, militarizado y blanqueado, mientras que al cuerpo negro, masculino o femenino, como era de suponerse, se le discrimina y violenta. El análisis de Rivera toma en cuenta esas variables históricas y políticas, imposibles de eludir en un trabajo de esta envergadura, y en los apartados siguientes las aprovecha para analizar las dinámicas de los personajes masculinos de la escritora puertorriqueña.

En el segundo capítulo, “Masculinidades en perspectiva”, la investigación avanza hacia el análisis de las obras que conforman el *corpus* de estudio. En la primera parte se abordan los personajes masculinos presentes en la novela *Cualquier miércoles soy tuya* (2002): Julián Castrodad, Tadeo, el Chino Pereira y Bimbi. Para Rivera, interpretar estas formaciones masculinas en los relatos requiere tener presentes distintas variables: las relaciones de poder, la clase social, la educación, las experiencias de vida de cada sujeto, sus concepciones del mundo, la nacionalidad, e incluso el color de piel. Pese a las diferencias, todos ellos comparten un escenario común, el motel Tulán, sitio de trabajo y de cofradía que marca por siempre sus vidas, pues, según la autora, el motel “resulta ser un lugar propicio para dar paso al despliegue de masculinidades y de concepciones de ellas, así como para comparar la opacidad entre ellas con relación a otras” (p.84). Las dinámicas homosociales en las que están envueltas la vida de los personajes masculinos resignifican el hecho individual de “ser hombre” en los relatos, y les permite a ellos desarrollar estrategias de choque para combatir la discriminación, la marginalidad y la invisibilización a la que pueden estar sometidos.

La heterosexualidad, lo explica Preciado (2011), como régimen político, regula las prácticas sexuales, traza las simetrías del cuerpo sexuado, naturaliza lo permitido y condena a la vez lo abyecto. En esta segunda parte del capítulo, adquiere importancia para la investigación el análisis de algunas prácticas sexuales representadas en el libro de cuentos *El cuerpo correcto* (1996), tildadas por el sistema normativo como aberrantes o monstruosas. De las situaciones trabajadas por la autora, llama la atención la descrita en el relato “Resinas para Aurelia”. Lucas, personaje principal, es un inmigrante en Puerto Rico, trabaja la jardinería y le apasiona experimentar con las resinas que obtiene de los árboles. Mantiene una relación sentimental con Aurelia, una prostituta de la cual se enamora y

con quien inicia un noviazgo. Cuando ella muere en una inundación —el relato sugiere que también pudo ser asesinada, pero no hay claridad en los hechos—, él rescata su cuerpo, lo preserva con resina y mantiene relaciones sexuales con el cadáver. En este punto, la autora anota: “Me inclino a pensar que Lucas rompe radicalmente con la masculinidad hegemónica al desvincularse de la incesante necesidad de definirse por medio de un oficio que lo posiciona como poderoso y de una sexualidad alterna” (p.102). En páginas siguientes continúa: “Si el valor más significativo de la moralidad sexual masculina es demostrar su virilidad y no su amor, [...], entonces Lucas se ha desvinculado de esa inclinación masculina tradicional. Por su parte, además de haberse dedicado a su ocupación de jardinero y enamorado de una prostituta, también disfruta su sexualidad con un cadáver” (p.104). Para Rivera, Lucas desafía la masculinidad hegemónica tradicional por varias razones: es un jardinero, ama a una prostituta, no quiere conformar una familia convencional pero, sobre todo, porque mantiene relaciones íntimas con el cadáver de su exnovia, un acto perverso para la normatividad. El acercamiento crítico de la autora es válido, pero la situación central del cuento puede ser interpretada en vía contraria. La autora deja de lado lo mucho que el personaje tiene de lo hegemónico tradicional. La relación con el cadáver lo transforma en un sujeto dominador que desplaza al cuerpo femenino a una condición de objeto sexual en el cual descargar su deseo. La acción de preservar el cadáver de la novia no la justifica el amor porque para el personaje esto parece estar justificado por el poder masculinista. De aquí hasta el final de este apartado, la autora manifiesta que en este y en otros cuentos del libro, el cuerpo, la sexualidad, el deseo y el placer son fuentes de conocimiento, instrumentos epistémicos desde los cuales los personajes, masculinos y femeninos exploran la vida y la muerte. Tal afirmación puede rastrearse en muchas de sus acciones: renuncian a los preceptos de la sociedad patriarcal-heterosexual-machista-blanca, toman distancia de la masculinidad hegemónica y validan la formación de otras subjetividades.

El último capítulo, “Aprendiendo a ser hombre”, agrupa los análisis de las obras *Pez de vidrio* (1994), *Nuestra señora de la noche* (2006), *Sirena Selena vestida de pena* (2000), *Fe en disfraz* (2006) y *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos* (2011). De la compilación *Pez de vidrio* (1994), Rivera analiza cuatro cuentos —“Hebra rota”, “La escritora”, “La oreja de Van Gogh” y “Proyector-circo francés”—, con el propósito de evidenciar la manera en que la familia nuclear custodia y reproduce los principios del sistema sexo-género y legitima la masculinidad hegemónica como paradigma. La institución familiar, en compañía de otros aparatos de verificación (escuela, religión, clínica, medios de comunicación, etc.) refuerza las conductas y los roles estereotípicos de la he-

terosexualidad. Apoyada en el concepto butleriano de “libreto”, Rivera explica el *modus operandi* del sistema dominante para imponer sus políticas, sus máximas performativas. Reproducidas por la institución familiar, la masculinidad y la femineidad funcionan como categorías prediseñadas, mapas trazados y obligatorios. Algunos personajes de estos relatos están presionados a cumplir con las premisas de este sistema de colonización (casos de Yetsaida y de la mujer escritora en los dos primeros cuentos), pero otros desisten de la norma para tratar de desarrollar sus propias subjetividades (los dos protagonistas de los dos últimos relatos, uno lector y otro fotógrafo).

La novela *Nuestra señora de la noche* (2006) transcurre en el más emblemático y tradicional prostíbulo de Ponce, el Elizabeth’s Dancing Place y está basada en la vida de la prostituta puertorriqueña Isabel Luberza Oppenheimer, conocida también como Isabel La Negra. En esta parte del capítulo, Rivera estudia el contexto del burdel como espacio transgresor de las políticas sociales y de género. Este escenario, entendido como una institución de la normatividad, maquinaria heterosexista y tecnología de iniciación sexual masculina, se haya tergiversado en la novela de Santos Febres porque es repensado como microcosmo a partir del cual poner a prueba o negociar las representaciones masculinas. A su vez, el burdel sirve de marco para redefinir las dinámicas sociales, el circuito de raza, género y clase social. Anota Rivera: “[...] es dentro del Elizabeth’s Dancing Place que la piel se despoja de significantes para comunicarse desde la descentralización que circunda el mundo exterior. Es también el lugar que reclama un punto medio entre la exuberancia y la escasez para recontextualizar la realidad en un nuevo espacio semántico, multidimensional” (p.153).

Otra de las secciones del capítulo se ocupa de los personajes travestis de *Sirena Selena vestida de pena* (2000), novela representativa de la escritora puertorriqueña. En este aparte, Rivera aborda la figura del sujeto travesti a partir de los planteamientos de Severo Sarduy en su conocido ensayo *La simulación* (1982). A pesar del limitado apoyo bibliográfico y de la brevedad en el tratamiento de la temática, se logran algunas conclusiones. Desde la perspectiva de Sarduy, la figura del travesti es entendida como artificio o realidad simulada que sobrepasa los límites de lo copiado. Todo en él, en su proyecto, es una copia, la imitación de un referente (hombre-mujer) inexistente. Sirena Selena, personaje principal de la obra, evidencia esa ilusión artificiosa. Sin embargo, la propuesta interpretativa de Rivera sugiere que la novela de Santos Febres debe ser leída, primero, desde

las relaciones de solidaridad (¿sororidad?) tejidas entre Sirena y sus mentoras artísticas, Valentina Frenesí y Marta Divine, y segundo, a partir de la hermandad y los cuadros familiares creados entre estos personajes.

Las dos secciones siguientes son breves y por su tratamiento, el final del capítulo parece presuroso. De la novela *Fe en disfraz* (2006) Rivera expresa que recrea la relación amorosa y sexual entre dos historiadores, Martín Tirado y Fe Verdejo, por medio de la valoración del placer y la exploración corporal y sexual que experimentan los dos protagonistas. Asocia los roles genéricos (masculino y femenino) a la misma función cumplida por la máscara, el disfraz o el atuendo, para explicar el proceso de “devenir hombre” o “devenir mujer” como pose obligatoria y limitada. El capítulo concluye con un análisis corto de *Tratado de medicina natural para hombres melancólicos* (2011) que, en palabras de Santos Febres, es un libro con consejos de una mujer vieja para hombres. Estos se encuentran frustrados, angustiados y melancólicos ante las exigencias de la contemporaneidad, a causa de un paradigma patriarcal que hoy por hoy se difumina. Rivera afirma que la masculinidad hegemónica, el imaginario del macho pseudo-dios es, en la posmodernidad, una construcción anacrónica, sin sentido, y por ello, debe desaparecer.

Con su libro *Masculinidades y transgresiones en la obra de Mayra Santos Febres* (2015) Marilyn Rivera permite concluir, además, que la literatura latinoamericana y caribeña requiere apremiantemente de un trabajo de desintoxicación, es decir, las manifestaciones literarias de estos contextos deben trazar nuevos senderos, distintos al de seguir legitimando la masculinidad dominante, la objetualización, la opresión y violencia contra la mujer, la discriminación, invisibilización y abyección de las sexualidades Otras. La obra de Santos Febres aporta a esa inmensa labor, y Rivera atina en señalarlo. Así como es necesario borrar de las producciones literarias a la mujer sumisa, abnegada, dependiente, seductora pero no puta, preocupada por los hijos pero interesada a la vez en verse bien, exitosa a medias por temor de opacar a su marido, también urge desdibujar las representaciones masculinas como las del hipermacho pensante, frío, racional y vencedor que tanto aflora en la literatura de América Latina y del Caribe. En lugar de ello, como lo expresa Virginie Despentes en *Teoría King Kong* (2007), sería interesante darle paso a las representaciones de aquellos hombres “que no tienen ganas de proteger, [...] los que querrían hacerlo pero no saben cómo, los que no saben pelearse, los que lloran con facilidad, los que no son ambiciosos, ni competitivos, los que no la tienen grande, ni son agresivos, los que tienen miedo,

los que son tímidos, vulnerables, los que prefieren ocuparse de la casa que ir a trabajar, los que son delicados, calvos, demasiado pobres como para gustar, los que tienen ganas de que les den por el culo, los que no quieren que nadie cuente con ellos, los que tienen miedo por la noche cuando están solos” (p.10).

Trabajos de esta naturaleza trazan unas coordenadas teóricas y críticas puntuales para interpretar y valorar la obra literaria de una de las más sobresalientes escritoras contemporáneas del Caribe. La rigurosa investigación académica de Marilyn Rivera, el acertado apoyo teórico y bibliográfico y la adecuada perspectiva de estudio, dan cuenta de un análisis serio, apegado a la verdadera función de la buena crítica literaria: la de acercar el lector a la obra. La investigación aporta, sin dudas, a la inmensa tarea de repensar nuestras producciones culturales del Caribe y de América Latina con los aparatos metodológicos apropiados.